

SOBRE EL VIVIR CON LA SOMBRA PROYECTADA EN EL OTRO HEMISFERIO

About Living with the Shadow Cast in the Other Hemisphere

Rocío Rodríguez Ferrer
Pontificia Universidad Católica de Chile (Chile)

«Ella es una criolla: una española nacida en Chile», dijo sobre mí, en los sombríos años ochenta, mi profesora de Historia en el colegio, en la capital chilena, delante de toda la clase, para explicarnos los distintos grupos sociales surgidos a raíz de la colonización española en América. Mi incomodidad no fue poca, no solo por mi entonces acentuada timidez. Y es que, si bien yo tenía claro, desde muy pequeña, que mi familia era de origen español, lo de llamarme «española» no acababa de identificarme. Por otro lado, si Chile no era, para mí, un lugar de nacimiento simplemente, tampoco era –eso también lo sabía– mi único país.

Desde niña, las conversaciones familiares remitían, una y otra vez, a un «allá». No necesitábamos aclararlo. En nuestro íntimo vocabulario familiar, «allá» siempre era España, ya se tratase del Valladolid del que era oriundo mi padre y del que había emigrado en 1956 con dirección a Chile, de la mano de los Hermanos Maristas, o de la Cataluña desde la que habían salido al exilio mis abuelos maternos, el avi y la yaya: el primero, en el ya mítico *Winnipeg* en 1939 y ella, en 1943, en el *Cabo de Hornos*. Nuestra historia familiar, entonces, explicaba esa mirada de un mundo siempre fragmentado, siempre móvil, que empujaba hacia el camino

y que nos delineaba una conciencia entrecortada del espacio. Vivimos siempre en la escisión. Y con la nostalgia de tradiciones transterradas que a mis hermanas y a mí se nos fueron inculcando como propias: las uvas para Año Nuevo (Nochevieja, en el decir de España), la *escudella* catalana (en vez de la cazuela chilena), las zarzuelas y coplas –creo, de hecho, que memoricé antes canciones de Marifé de Triana y Concha Piquer que de Violeta Parra o Víctor Jara–, las historias del tío sacamantecas y las imágenes de los gigantes y cabezudos, entre un sinnúmero de palabras, paisajes, comidas, melodías y juegos que fuimos añorando incluso antes de pisar España. Con el tiempo, para mí, se sumó la añoranza de una forma de vida, cuestiones todas que me hacían fácil comprender el llanto de mi yaya al escuchar *L'emigrant* o *El virolai*.

Fue en 1984 cuando por primera vez estuve en España. Fue ese el primero de una serie de viajes que hicimos para visitar a la familia, tanto paterna como materna, y recorrer ciudades y pueblos de Castilla y Cataluña. Fue entonces cuando descubrí que mi padre, todo un pucelano de pro, era ya «el de Chile» o «el de América», designación esta última aún más desconcertante, pues no fue sino hasta que seguí el doctorado en Salamanca y en-

Cómo citar este artículo: Rodríguez Ferrer, R. (2025). Sobre el vivir con la sombra proyectada en el otro hemisferio. *TSN. Transatlantic Studies Network*, (18), 207-210. <https://doi.org/10.24310/tsn.18.2025.18903>. Financiación: este artículo no cuenta con financiación externa.



Esta obra está bajo licencia internacional Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0.

tablé amistad con un grupo que también provenía del otro lado del charco (uruguayos y peruanos sobre todo) cuando me reconocí latinoamericana. Si en mi colegio éramos «criollas» –o «españolas», así a secas, como insistía una teresiana burgalesa que nos quería especialmente por ser mi padre de Valladolid–, en España ya ni siquiera ostentábamos una nacionalidad, sino solo se hacía referencia, de manera amplia e imprecisa, a una relación con un lugar geográfico, aunque no alcanzase dicho vínculo a ejercer del todo de gentilicio. Ni españoles ni chilenos, pues. Era el lugar, el *topos*, el que nos resignificaba una y otra vez, según dónde estuviésemos, según en qué hemisferio se proyectara nuestra sombra y según dónde pronunciásemos el adverbio de lugar. Siempre el «allá» definiéndonos.

Viviendo siempre especularmente, en un continuo juego de proyecciones y búsquedas de semejanzas y diferencias, fui comprendiendo con los años –y con las lecturas– la veracidad de aquello de que uno es de donde nace y de donde padece. Pero que, como ha referido la filósofa María Zambrano –quien bien sabía de tránsitos–, también podemos contar con una *patria prenatal* (Trapanese, 50). Si Chile es para mí la patria del nacimiento y, como tal, marca mi ser y mi destino en el mundo, España es mi patria prenatal, el fundamento poético de mi vida, el secreto de mi ser terrenal, el relato de mi genealogía.

Dedicada al estudio y enseñanza de la literatura, una y otra vez, de modo cada vez más meditado, el locus de las encrucijadas fue marcando mis preferencias lectoras e investigativas. Si bien en un comienzo renegué de la literatura española –hasta que mi querido profesor y mentor Rodrigo Cánovas me hizo ver que debía hacerme cargo de mi historia–, fue luego liberador asumir mi preferencia académica por las letras españolas, pero siempre con la conciencia de que las leía, las estudiaba, las enseñaba desde Chile. Estoy segura de que mi misma realidad escindida entre las dos orillas es la que me ha llevado a aproximarme de modo crítico a una hispanidad estrechamente entendida, con retórica sacroimperial y belicista de por medio. Y también la constatación, un año sí y otro también, de que no pocos estudiantes llegan a los obligatorios cursos de literatura española de la carrera de Letras Hispánicas de la Pontificia Universidad Católica de Chile con el prejuicio del imperio y el estigma del conservadurismo colonial, con todo lo que de imposición cultural conlleva.

Esas percepciones han sido fundamentales para cuestionarme con frecuencia mi propio quehacer docente, atado (con gusto) a la enseñanza de una literatura que se plantea, en términos didácticos, con la marca de lo nacional y lo histórico (Española Medieval, Española del Siglo de Oro y Espa-

ñola Moderna y Contemporánea), cuestión que, claramente, parece poco acorde con los tiempos que corren, que reclaman miradas transnacionales y transhistóricas. El fantasma del colonialismo y del tutelaje cultural explica, en gran medida, la desafección inicial de alumnos a los que debemos atraer con argumentos más complejos que los de la herencia cultural, el valor del pasado o el sustrato común. Y es que también aquí las relaciones familiares pueden ser tremendamente complejas y debemos hacernos cargo de ellas. Lo dice Raquel Macciuci, académica argentina de la Universidad Nacional de la Plata: «La literatura española es, por tanto, una literatura familiar y cercana, pero sus problemas surgen y se intentan explicar en el marco de referencia de las sociedades del Viejo Mundo. Ya se ha visto que comparte una lengua común con Latinoamérica, pero también una historia de enfrentamientos y guerras de independencia en el bando opuesto, en un mapa en el cual la geografía acentúa la diferencia y la distancia» (2018, p. 116). Y son precisamente esa lejanía y esa trama de conflictos las que procuro aprovechar para el estudio de la literatura española y los fenómenos culturales en clave hispana.

Desde mi rol como académica de literatura española en la universidad chilena, he querido insistir en los procesos transculturadores antes que en las aproximaciones unidimensionales que se obstinan en afirmar la comunidad y continuidad lingüística, cultural e histórica. Soy una convencida de que nuestro lugar de enunciación, periférico o no, debe hacerse notar. No podemos correr un tupido velo sobre estas y otras cuestiones que, en definitiva, nos hablan de la colonialidad del poder, en palabras del teórico peruano Aníbal Quijano (1999). Una *colonialidad del poder* que afecta las interpretaciones y valoraciones sobre la literatura creada en América, al tiempo que explica el recelo de estudiantes –y no pocos académicos del Cono Sur– frente al estudio de la literatura española. Me ha parecido urgente, pues, cuestionar esa mirada colonial que rebosa prejuicios y destila paternalismo. Creo que, si queremos reflexionar sobre el estatuto de la literatura española en/desde América Latina, habremos de hacernos cargo de las lógicas de poder que se imbrican en ella.

Considero que el estudio de la literatura española desde esta orilla del océano no puede justificarse, meramente, por la herencia literaria o la esencialista concepción de una familia que comparte un mismo idioma. Tampoco, por supuesto, desde la consideración de la América de habla castellana como una España desplazada geográficamente. Para el estudio de la literatura española desde tierras americanas es necesario, me parece, partir de ciertos gestos, como el que reconocemos

en «La tierra de Arauco», conmovedora reflexión de María Zambrano, quien, tras instalarse en Chile por unos meses en noviembre de 1936, experimentó cómo en tierras americanas se le revelaba la existencia de España. El viaje hacia la otra orilla permitió a Zambrano modificar las visiones de uno y otro lado del Atlántico. Es ese gesto, entonces, el que he creído imprescindible para enfrentar la enseñanza de la literatura española desde Chile: dejar de leerla en clave de fuente o matriz y a América como un mero receptáculo. Y leerla para, a través de ella, comprender mejor también lo que las letras chilenas nos ofrecen.

Cuando conocí los *Estudios Transatlánticos* pude nombrar y dar forma a la que, más bien intuitiva y subjetivamente, había sido mi carta de navegación. Distanciándose de los modelos nacionales y enfatizando en el intercambio, se me fueron presentando como una posibilidad de aproximación crítica más afín a mis intereses y encrucijadas vitales-académicas, marcadas por el diálogo y el tránsito. Con ello ha surgido el desafío de descubrir conexiones, de enfatizar en los encuentros y desencuentros con nuestra literatura, dejando atrás las nociones de influencia y jerarquía. Para tensionar valoraciones más tradicionalistas de la literatura española (y que no huyeran en masa los estudiantes, o que asistieran a clases con cierto interés y actitud abierta), urgía el gesto descolonizador en la crítica y en la enseñanza. Y eso lo encontré en los *Estudios Transatlánticos* y en su enfática invitación a leer de manera situada, desde nuestro particular locus de enunciación, reconociendo quiénes somos y desde dónde y cómo leemos, pensándonos siempre como sujetos dialógicos. Pero que nadie crea que, descubierta la perspectiva teórico-crítica que me hace sentido, he hallado la panacea. Como han señalado, entre otros, Francisco Fernández de Alba, Pedro Pérez del Solar y Abril Trigo, el de «*Estudios Transatlánticos*» parece un término más evocativo que denotativo y carece de una propuesta metodológica específica. Ante ello, mi manera de «resolverlo» ha sido la de enfatizar en las nociones de apropiación y transformación, evitando la lógica colonial de intercambio reproductivo. Por ello, por ejemplo, en mis clases he procurado enseñar la poesía del español Miguel Hernández a través de la obra poética-musical del cantautor chileno Víctor Jara. O en línea similar, siempre prestando especial atención a los trabajos de selección, asimilación y resignificación, he procurado estudiar el itinerario del pícaro en América —con figuras como las del lépero, el roto o el malandro— desde la pregunta por la marginalidad y su narración en una y otra orilla y, sobre todo, por las particulares señas de identidad —los peculiares signos territoriales— de la literatura picaresca, de acuerdo con su singular cronotopos.

Si Chile es para mí la patria del nacimiento y marca mi ser y mi destino en el mundo, España es mi patria prenatal, el fundamento poético de mi vida, el secreto de mi ser terrenal, el relato de mi genealogía

Desde el diálogo transatlántico y con una mirada poscolonial, entonces, procuro plantear aproximaciones a las producciones literarias atendiendo a dos lados de las relaciones culturales: Chile en/desde España y España en/desde Chile. En ese relevar el tránsito como condición cultural fundamental, busco tensionar las valoraciones más tradicionalistas sobre las vecindades culturales y artístico-literarias. Desde esta convicción es que me planteo mi quehacer docente en torno a la enseñanza de la llamada literatura española: desde una propuesta dialógica, desprovista de intenciones jerárquicas, desdibujando las asimetrías. Mi parcelada formación no me lo permite, pero creo que, a este gesto, habrían de acompañarse otros, como la atención a las prácticas culturales de los pueblos originarios de Chile y, por cierto, de la literatura española compuesta en otras lenguas nacionales, no solo el castellano. Porque con España compartimos una lengua, pero también las identidades tensionadas, en continuo conflicto. Y es esa constatación, pienso, otro punto de encuentro cultural. Con ello, en ese hacernos cargo de la problemática lingüística, iremos también cambiando la imagen monolítica de España y de ese hispanismo conservador e imperial.

Y por sumar deseos, ahora que me acerco al final: que ser hispanista —e hispanófilo— no vaya más de la mano de la declaración de una superioridad cultural. Y menos si se trata de reconocer en la cultura hispana unos únicos (y programáticos y selectivamente direccionados) valores: el idealismo, el honor, el sentido religioso católico... En lo personal, me inclino más por una literatura peninsular que se me presenta llena de heterodoxias (como *La Celestina*), crítica de sí misma (como un Larra o una Pardo Bazán) y consciente de su multiculturalidad (desde las jarchas mozárabes hasta la catalanidad de un Jaume Cabré o Quim Monzó y el orientalismo de un Goytisolo. O el romanticismo desde el nacionalismo gallego de una Rosalía de Castro).

De cualquier modo, más allá de lo que falta por lograr y con la duda acerca de la proyección tem-

**Desde mi rol como académica
de literatura española en la
universidad chilena, he querido
insistir en los procesos
transculturadores antes que en
las aproximaciones
unidimensionales que se
obstinan en afirmar la
comunidad y continuidad
lingüística, cultural e histórica**

poral de los Estudios Transatlánticos, de momento insisto en concebirme como peninsularista e hispanista desde esta perspectiva, procurando ejercer mi docencia desde la consideración de «sujetos dialógicos, desde una pluralidad de orillas culturales, que hablan una misma lengua sin ignorar sus distintivas historias y modulaciones regionales» (Scarano, 2020, p. 11), persiguiendo una y otra vez la alteridad y la pluralidad. Pienso que, asumiendo esta postura, es probable que se sumen cada vez más nuevos hispanistas, sin restricciones de pasaportes, hasta alcanzar un hispanismo de cooperación, tal como lo concibe el francés Jean-François Botrel, un hispanismo «en el que se cruzan y contrastan las miradas sobre unos objetos que van siendo propuestos, cada vez más, con legítimo protagonismo, por los hispanistas españoles, mexicanos, argentinos, etcétera, que pueden automirarse, pero también aplicar su mirada a otro también hispánico, caso de los especialistas del Siglo de Oro en Argentina o de los latinoamericanistas en España, por ejemplo» (p. 33). Relevo las virtudes de la mirada distante. Como en tantas ocasiones, también para esto en la literatura he hallado lecciones, con el antiguo ardid del extranjero de visita, que contempla desde otro prisma lo que el sujeto local (no) ve y que sugiere una mayor libertad en lo que

al control de los discursos interpretativos se refiere. La mirada del otro en tránsito que, como María Zambrano, nos descubre y se descubre.

Una última confesión: el vivir escindido me ha llevado a hacer del viaje cultural mi condición favorita. Por ello hace unos meses arribé a Málaga, al Centro de Estudios Iberoamericanos y Transatlánticos, donde empecé estas líneas que acabo ahora en Santiago de Chile; un viaje realizado en compañía de mi hija, también con el propósito de que interiorice el tránsito como algo natural. Y que experimente como privilegio –ya no con el dolor de sus ancestros– la proyección de su sombra en otro hemisferio.

Fuentes y bibliografía

- Botrel, Jean-François (2005). De hispanistas e hispanismo. *Actas del XI Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Seúl, 17-20.
- Fernández de Alba, Francisco (2011). Teorías de navegación: los métodos de los estudios transatlánticos. *Hispanófila*, 161, 35-57.
- Fernández de Alba, Francisco, y Pérez del Solar, Pedro (2006). Hacia un acercamiento cultural a la literatura hispanoamericana. *Iberoamericana*, 6.21, 99-107.
- Macciuci, Raquel (2018). El hispanismo y la literatura española en el ámbito académico latinoamericano. Una visión desde Argentina. En Rike Bolte et al. (eds.). *La hispanística y los desafíos de la globalización en el siglo XXI. Posiciones, negociaciones y códigos en las redes transatlánticas* (pp. 113-130). Frankfurt: Vervuert.
- Quijano, Aníbal (1999). Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina. *Dispositivo*, 24.51, 137-148.
- Scarano, Laura (2020). Nuevos hispanismos transatlánticos en el siglo XXI. *INTI. Revista de Literatura Hispánica*. Providence, 116-127. Reedición del artículo recogido en *Actas del X Congreso Argentino de Hispanistas, Asociación Argentina de Hispanistas y Cedintel* (2016). Santa Fe: Editorial de la Universidad Nacional del Litoral, 111-123.
- Trapanese, Elena (2023). España, Europa y América en la reflexión de María Zambrano. *TSN. Transatlantic Studies Network* (15), 47-57.
- Trigo, Abril (2019). Transatlantic Studies and the Geopolitics of Hispanism. En Enjuto-Rangel et al. (eds.). *Transatlantic Studies: Latin America, Iberia, and Africa* (pp. 67-75).
- Zambrano, María (1998). La tierra de Arauco. En *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil* (pp. 222-227). Madrid: Editorial Trotta.